

AMIGOGIMA

Irrupción de la mirada y el grito

Francisco Javier Gómez Tarín

No haré aquí la semblanza de José María Nunes, puesto que otras plumas (hoy dígitos) le han dedicado el (in)suficiente espacio que merece, pero sí resumiré en dos palabras su personalidad fílmica: *fidelidad* y *sentido*. Fidelidad a sí mismo, a su obra, a su concepción del cine, contra viento y marea (francotirador, marginal); sentido como superación de la disonancia entre significante y significado: su obra no busca “decir algo”, no se trata de la transmisión de un mensaje, sino de un desgarró (un grito), se trata de un sentido (*significancia* en términos de Kristeva, el *tercer sentido* de Barthes). Y en esa sucesión de imágenes-pensamiento, *Amigogima* se constituye en compendio de toda su obra anterior: es todo lo que fue y mucho más, porque en este film penetra como una cuchilla implacable el cine (el *séptimo sentido*, en términos del propio Nunes inscritos en el significante de la película).

Si el cine es el séptimo sentido (y no es un juego de palabras, puesto que el sexto ya tiene su lugar en el mundo de las vivencias íntimas) es porque irrumpe en la mirada y se plasma en otra. Nunes no ofrece un relato a nuestra mirada, lo que ofrece es la suya propia, sin concesiones y, al tiempo, honesta y limpia. ¿El mundo tal como lo ve?, no, es el mundo que siente, el que quiere cambiar y para cuyo cambio es necesaria la suma de voluntades. La búsqueda del amigo se constituye en una necesidad que sólo puede responder a un grito interior cuya fuerza llega al espectador hasta penetrar sus sentidos (también el séptimo: la mirada sobre esa mirada de Nunes, ofrecida como sacrificio).

Y es más. La soledad, la muerte. En *Amigogima* el espacio se contrae y el tiempo se expande. No hay necesidad alguna de ellos porque en el flujo de las ideas – abstractas e inmanejables físicamente – la mente vaga cual fantasma entre los recuerdos; el pasado y el presente se funden (recuerdo a Resnais y *El año pasado en Mariembad*); el encuentro del amigo – que es interior – se genera con el encuentro del mundo, en la fusión con la naturaleza, con el devenir. Toda esta abstracción se produce sobre una sólida base de contacto con “lo real” (la guerra, la violencia: la necesidad de no olvidar ni perdonar). No sólo son, pues, sensaciones.

Y más. Nunes nos impone su mirada, pero la comparte con nosotros, como espectadores. No necesita contar una historia porque habla de la vida misma, pero la vida interior. El sonido puede así fluir en disonancia con la imagen, la expresión del

pensamiento se manifiesta y la acción permanece indeterminada entre lo real y lo imaginario (que es la auténtica realidad, porque, no lo olvidemos, *Amigogima* es un viaje interior que no pretende expandir su radio de acción sino hacernos penetrar en su círculo). La presencia evanescente de José María Blanco (fantasmal, en acertada sugerencia de Julio Pérez Perucha) como hilo conductor de esa acumulación de universos íntimos, remite constantemente a nuestro interior mediante el grito (que pronuncia) y la mirada (que mantiene frontal a nuestros ojos una y otra vez): no es una mirada a cámara porque en ella se condensa el cine mismo, es el cruce de dos miradas (la de Nunes y la del espectador) como puente entre la fisicidad de la obra audiovisual y la inmaterialidad del pensamiento compartido.

Más. Es el cine. La irrupción de sensaciones a través del montaje de tipo *collage* que tan querida le ha sido a Nunes en otras películas, dejaba de lado el propio hecho fílmico, pero en *Amigogima* el cine es el centro del discurso, la propia existencia de la película tiene sentido como actante ya que es la plasmación de que ese amigo buscado está en nuestro propio interior y su hallazgo cierra el círculo de la lucidez. No es una metáfora. Nunes huye de la metáfora porque deja su piel en el intento. Ajusta cuentas íntimas, se confiesa ante nosotros, el grito es el desgarró interior. De alguna forma, *Amigogima* es la plasmación filmográfica del alma humana (suponiendo que ésta exista y no sea el producto de nuestra imaginación, pero, aunque así fuera, bienvenida a la realidad más que real del pensamiento).

Este breve espacio no puede hacer justicia al film, cuyo análisis pormenorizado desvelaría matices ahora solamente apuntados (recordemos el plano inicial, donde no hacen falta palabras para describir la perfecta unicidad del hombre – como ser - y el amigo - que es él mismo - en el seno de un paisaje perfectamente compuesto (Nunes es un maestro del encuadre) que se nos antoja esencia). Dejamos deliberadamente de lado la lucha contracorriente, el rodaje en formato DV, la posición de Nunes al margen de la industria: esta es otra historia, y no menos importante, sobre la que obligadamente tendremos que volver si todavía creemos que el cine es posible.